

LA CIUDAD Y EL  
PERDÓN

*Barcelona, 1909*

*La ciudad y el perdón. Barcelona 1909*

© 2022 Fernando García Ballesteros

© de esta edición: Libros de Seda, S.L.  
Estación de Chamartín s/n, 1ª planta  
28036 Madrid  
[www.librosdeseda.com](http://www.librosdeseda.com)  
[www.facebook.com/librosdesedaeditorial](http://www.facebook.com/librosdesedaeditorial)  
[@librosdeseda](https://www.instagram.com/librosdeseda)  
[info@librosdeseda.com](mailto:info@librosdeseda.com)

Diseño de cubierta: Nèlia Creixell  
Maquetación: Nèlia Creixell  
Imágenes de cubierta: Font del Geni Català, de Francesc Molina (1856), en el pla de Palau de Barcelona (detalle, imagen libre de derechos); © Sabphoto/Shutterstock (cielo de tormenta)

Primera edición: octubre de 2022

Depósito legal: M. XX.XXX-2022  
ISBN: 978-84-17626-75-4

Impreso en España – Printed in Spain

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. Si necesita fotocopiar o reproducir algún fragmento de esta obra, diríjase al editor o a CEDRO ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)).

Fernando García Ballesteros

LA CIUDAD Y EL  
PERDÓN

*Barcelona, 1909*

Libros de  
*seda*





**S**on las cinco de la madrugada. El frío es intenso.

El cadáver de un hombre joven yace boca abajo, desnudo, en medio de la Plaza Nueva. Tiene el cabello rubio y espeso, y su espalda muestra unas señales, un dibujo, un tatuaje. Es difícil saberlo a simple vista.

Basilio, el sereno, ve el cuerpo nada más entrar en la plaza. Siente un momento de perplejidad, extraño y confuso, y se acerca con precaución. No está seguro de si el cuerpo es real o se trata de una visión. Se quita uno de los guantes. Se santigua con torpeza, se agacha y toca el cadáver. La piel es suave y fría. No puede evitar observar la espalda. Unos trazos dibujan unas alas que parecen temblar bajo la luz de las farolas de gas. Basilio se quita el capote y cubre el cadáver, cuidando de que los pies no queden a la intemperie. Se le hace intolerable ver la línea noble del rostro sobre los adoquines. Se quita la bufanda y la coloca a modo de almohada. El cabello deja un rastro de suavidad en sus manos.

Es un hombre joven y está muerto. Y eso es cruel, irrevocable. En el engranaje íntimo del universo algo ha fallado. Basilio se levanta. Las rodillas le duelen, le recuerdan que ha estado demasiado tiempo sobre los adoquines. Se lleva el silbato a la boca. No es un hombre especialmente creyente, pero tiene la sensación de que si lo hace sonar va a profanar algo valioso.

En los muros de los edificios que rodean la plaza, pequeños faroles de gas centellean como llamas votivas. Las torres romanas, antigua entrada que aún vigila la ciudad, observan la escena como

viejas guardianas. A escasos metros de allí se halla el palacio de la Diputación, el centro mismo de la ciudad, el lugar donde una vez se levantó el ágora romana sobre el monte Táber.

Se oye una campanada en la catedral. Un instante después, más lejos, repica otra campana y otras, más distantes, doblan en las torres de toda la ciudad, desde la memorable Santa María del Mar hasta las más lejanas y humildes iglesias de las barriadas.

Y tras un momento de vacilación, Basilio empieza a creer en lo que miles de personas profesarán incondicionalmente en los próximos días.

Es un ángel. Un ángel sacrificado por la ciudad.

El sereno hace sonar su silbato.

Y algo se rompió en la ciudad para siempre.

## CAPÍTULO 1



**E**l inspector Ignasi Requesens enfiló la ronda de San Antonio camino de la comisaría de la calle Balmes. Eran las dos del mediodía. Había estado de guardia la noche anterior y su turno había acabado alrededor de las ocho de la mañana. Se había acostado un poco más tarde y tan solo había conseguido arrancar un par de horas de sueño al día. La deidad doméstica que preservaba el sueño de los inocentes había tenido escaso éxito en su caso. Mariona, su mujer, y Emilio, su padre, intentaban guardar silencio mientras él dormía. Hablaban en murmullos o por señas, pero el padre, que se estaba volviendo completamente sordo, algo terrible para un profesor de música retirado, no podía evitar acompañar las señas con sonidos guturales que recordaban a los de algún animal salido de un pantano. Y así, sus vanos y, a veces, cómicos esfuerzos por preservar el silencio se mezclaban con el rumor de una ciudad llena de tranvías y bicicletas, periódicos que se anunciaban a viva voz y, sobre todo, aquellos malditos cláxones de una nueva plaga: los automóviles.

Levantarse de una guardia en noviembre resultaba extraño. Era volver a la noche sin casi haber visto el día. Apenas quedaban tres o cuatro horas de luz y a las seis de la tarde ya era noche cerrada. Además, aquel día, un cielo emborronado por nubes bajas confería a la luz una cualidad onírica y subacuática y lograba que Requesens se sintiera melancólico e inquieto, como si algo de su propia existencia se hubiera perdido irremisiblemente en aquellas tres o cuatro horas de enmarañado sueño matutino.

Al cruzar la plaza Universidad echó una mirada a la prensa. El gobierno conservador de Maura había caído. Era un hecho insó-

lito. El rey había aceptado como firme una dimisión meramente protocolaria y ahora había un nuevo gobierno liberal en Madrid. Sabía que las noticias eran férreamente censuradas tras los sucesos de la Semana Trágica, pero, aun así, como cualquier barcelonés, había aprendido a leer entre líneas y sabía que en alguna parte miles de personas se manifestaban contra la ejecución sumarísima de Ferrer y Guardia, el pedagogo al que habían hecho culpable de lo acontecido en julio. El fracaso del sistema, incapaz de dar solución política a las transformaciones sociales y económicas que vivía el país, había empujado a los obreros a echarse a las calles y a recurrir a la huelga y a la acción directa, tras la chispa que lo encendió todo, el decreto del gobierno de Antonio Maura que ordenaba enviar tropas de reserva a Marruecos, muchos de ellos padres de familias obreras.

Subió por la calle Balmes. El tren de Sarriá disminuía su velocidad según se iba acercando a la estación de la plaza de Cataluña. En invierno los raíles estaban helados y al contacto con las ruedas, calientes por la fricción, emitían un crepitar metálico que a muchos resultaba molesto, pero que a Requesens le resultaba agradable, igual que a otros les gustaba el olor de la pintura o el petróleo.

A una calle de distancia de la comisaría, se extrañó al ver que en la puerta esperaba un carruaje que molestaba a quienes caminaban por la acera. El paso que dejaba el tranvía era estrecho, protegido por vallas a uno y a otro lado. Normalmente salía el sargento de guardia y conminaba a los carruajes a esperar en la Diagonal, así que debía de ser alguien importante si se le permitía seguir allí. Vio que los caballos estaban cubiertos por gruesas mantas para protegerlos del frío, algo que agradeció íntimamente, ya que desde sus tiempos en el ejército le gustaba que los cuidaran. El vapor caliente de sus ollares se consumía en el aire helado mientras piafaban de vez en cuando, alzando las patas con inquietud. Sobre el pescante, el cochero esperaba embozado con una buena capa. Alguien rico y poderoso, alguien que cuidaba a sus criados y posesiones, se había acercado a la comisaría, pero a Requesens no se le ocurrió pensar que fuera él mismo el destinatario de la visita.

El sargento de guardia de la entrada le saludó afable. A su alrededor, hombres y mujeres de diversa edad y condición intentaban formalizar una denuncia, quejarse o incluso algunas veces tan solo refugiarse del frío, y se apiñaban sentados en una estrecha fila de asientos. Un débil calor proveniente más de los cuerpos que de la calefacción caldeaba aquel edificio alto y estrecho, construido tan solo unos años atrás, una comisaría que daba servicio a aquella parte nueva de la ciudad.

Requesens subió al primer piso por unas escaleras que recordaban más a las de una casa de vecinos que a las de una comisaría. Siempre había un ir y venir de denunciante, de mujeres ofendidas, de hombres algo ebrios conducidos por policías, de un «usted no sabe con quién está hablando, no es a mí a quién buscan» seguido de «usted no me conoce» o «quítenme las manos de encima». Batas y gorras de obrero, enaguas y faldas que se agitaban por las escaleras, algún abrigo de buen paño, pilluelos vestidos con harapos que se colaban entre todos ellos, meretrices con aires de reinas; olores variopintos, voces, algún que otro grito.

Nada más llegar a la segunda planta, el inspector Milagros le indicó con la mirada a Requesens que había alguien en su despacho.

—¿Quién es?

—Es mejor que lo veas por ti mismo. No me gusta aguar las sorpresas.

Al entrar vio al comisario Carbonell, de pie, tenso, a un lado del escritorio, y a un hombre vuelto de espaldas mirando los trenes por la ventana del mismo modo que solía hacer el propio Requesens. El cabello del hombre, repeinado hacia atrás, era del color de la nieve sucia. Encontró algo ligeramente familiar en las obstinadas líneas rectas de las hombreras de un traje que tenía a la vez un corte militar y eclesiástico, y que le despertaba una sensación tanto de peligro como de curiosidad. Supo de una manera vaga e inconsciente que conocía a esa persona, pero tuvo que esperar a que el hombre se volviera y que unos ojos grises y desleídos reposaran en los suyos para reconocerle.

Claudio López Bru, marqués de Comillas, propietario de la Compañía Trasatlántica, era el hombre más poderoso de la ciudad, con permiso de su suegro Eusebio Güell y tal vez de la familia Girona. Requesens y él se quedaron mirando el uno al otro por encima de una mesa repleta de expedientes, papeles y marcas de café. Algo grave había debido pasar para que una persona tan consciente de su posición social se hubiera tomado la molestia de esperarle en su despacho.

—Señor López —dijo Requesens—. Es una sorpresa encontrarle aquí.

No quiso sonar irónico, algo que no acabó de conseguir, sería demasiado peligroso y no lo deseaba. Ninguno de los dos hombres se ofreció a estrechar la mano del otro.

—Sí, ya ve, yo también sé aparecer de pronto en un lugar en el cual no se me espera.

Requesens sonrió a su pesar. En el transcurso de una investigación se había adentrado por sorpresa en el palacio Moja, propiedad del marqués de Comillas en las Ramblas, apareciendo a su lado mientras este rezaba en la capilla familiar.

López Bru dio la vuelta al escritorio y le ofreció sentarse a Requesens frente su propia mesa.

—Cada uno en su lugar —dijo el marqués.

—Prefiero sentarme aquí, junto a ustedes, si no le importa. Es el único lugar donde llega algo del calor de la pobre estufa.

Carbonell tomó asiento después de Claudio López y Requesens hizo lo propio. Los tres parecían ahora un grupo de alumnos que esperaran ante la silla vacía del director. El inspector sabía que aquel juego de sillas tenía algo de infantil, pero en realidad no quería sentarse en su sitio porque él se lo indicara.

—Lamentablemente creo que no tenemos ni café ni galletas para ofrecerle —se disculpó.

La falta de sueño había hecho mella en él y hablaba de una forma más ligera de lo habitual. Requesens detectó la incomodidad de Carbonell. El comisario odiaba las situaciones que tuvieran cierta complejidad social. No entendía cuándo tenía que ofrecer

asiento, una bebida, café, o contar un chiste para aligerar la gravedad del asunto o simplemente escuchar sin decir nada.

—Usted dirá —añadió Requesens.

—Ayer noche un joven sacerdote apareció muerto en la Plaza Nueva, el padre Gabriel Martín.

Requesens asintió ligeramente con la cabeza. Aquella mañana, antes de acabar la guardia, la noticia había sobrevolado la comisaría a primera hora más como un chismorreo que como un crimen. Calculó con rapidez quién podía estar a cargo de la investigación. La Plaza Nueva. Distrito judicial de la Concepción. Posiblemente el inspector Molins.

—Lamento su pérdida, pero creo entender que es el inspector Molins quien lleva el caso —se aventuró a decir Requesens.

—El inspector Molins se marcha mañana a Madrid por motivos ineludibles. Y he creído conveniente que sea usted... He solicitado al gobernador que sea usted quien se encargue de esclarecer la muerte del padre Gabriel.

Requesens no pudo evitar mostrarse perplejo. No ante el hecho de que aquel hombre alterase la escala jerárquica policial a su antojo, que también, sino ante el hecho de que Claudio López hubiese decidido que fuera el propio Requesens quien se encargara del caso.

—Y eso lo ha decidido usted...

—Eso lo hemos decidido entre mi esposa y yo. El padre Gabriel era un queridísimo amigo de la familia. Nos han dicho que ha aparecido su cadáver en unas condiciones que podrían manchar su condición de sacerdote.

—Perdone, pero no estoy al tanto del caso, ¿a qué condiciones se refiere?

—Ha aparecido desnudo —dijo Carbonell, y se sonrojó y tosió para disimularlo.

—¿Y eso es lo que más le preocupa? —intervino Requesens mirando al marqués de soslayo.

—No, pero esta ciudad es pequeña, y de todo se saca partido para el chismorreo y las habladurías, y todo serán injurias y se

arrastrará su nombre como se hizo con los cuerpos de los sacerdotes durante la semana roja.

—Comprendo... ¿Le conocía usted bien?

—En realidad no. Lo cierto es que nadie parecía conocerle bien. Pero hacía una importantísima labor dando a esas almas del barrio de Pekín la ayuda y el consuelo que necesitaban —dijo con evidente fervor—. Nos lo presentó el padre Damián, al que usted ya conoce, hace tres o cuatro años, cuando era todavía un joven seminarista. Desde entonces vimos en él la capacidad de llevar la fe a quienes más la necesitaban y nos unimos a un pequeño grupo de oración... Tras todo lo que sucedió en la semana roja... Arrastraron momias de monjas arrancadas de su bendito reposo y las depositaron en las puertas de mi casa. Se burlaron de mi mujer cuando repartió medallas de la virgen a los soldados embarcados a África, algo que solo hacía movida por la piedad, para luego descubrir que escupían sobre ellas y las arrojaban al mar. Mi mujer obtuvo el consuelo que necesitaba para momentos tan crueles gracias a él. Estaba dotado de la Gracia Divina. Lo vi con mis propios ojos. La naturalidad con la que hablaba al obrero o al escribiente.... Si se lo hubiera propuesto habría podido convertir esta ciudad en una nueva Jerusalén, y no la ciudad del pecado que es hoy en día.

—No es la primera vez que usted ofrece su apoyo a un sacerdote.

—Está usted en lo cierto... Mosén Verdaguer... Pero mosén Cinto era un artista y tal vez un santo, y su mente estaba más allá de este mundo. El padre Gabriel, en cambio, prefería la acción, el entusiasmo..., los pobres no venían a nuestra casa, era él quien iba a buscarlos y era él quien les educaba y les convencía del amor que la Iglesia sentía por ellos. Pero tiene usted en parte razón. Todo el mundo sabe en esta ciudad que mosén Verdaguer y nuestra familia se distanciaron, y que aparecieron esas cartas en la prensa, se dijeron muchas cosas que no eran ciertas.

—¿Vivía con ustedes el padre Gabriel?

—No, él vivía en algún lugar de Pueblo Nuevo que desconozco. A veces cenaba y pasaba algún día con nosotros, pero nunca se

quedó a dormir. Él no deseaba ese tipo de confianza... de intimidad... Tal vez fuera mejor así. Nunca nos pidió ayuda económica.

Requesens encendió un cigarrillo. Le ofreció otro a Claudio López, quien lo rechazó con educación, y también a Carbonell. El marqués de Comillas se puso en pie y distraídamente se acercó a la ventana, dándole de nuevo la espalda.

El inspector pensó que tal vez se trataba del viejo truco de hablar de pie mientras los demás permanecen sentados, pero concedió que aquel hombre estaba intranquilo y que una energía nerviosa parecía acumularse en sus hombros cargados. Tal vez se le hacía más fácil hablar así. Fuera lo que fuese, el día era gris y triste, la excusa perfecta para encender una lamparita y que el rostro de Claudio López se viera reflejado en el cristal; también su despacho, por supuesto, pero de una manera desvaída que creaba la ficción de que las manchas de humedad y los desconchados en las paredes habían desaparecido. Requesens entrecerró soñadoramente los ojos. Su despacho bien podía parecer ahora el gabinete de un grupo de caballeros.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al padre Gabriel? —quiso saber.

—Mi mujer lo vio, junto con otras damas, la misma noche de su muerte. Se reunieron en casa de la marquesa de Fontrodona. Ella es amiga íntima de mi mujer.

—Tendría que hablar entonces con su mujer.

—No, en ningún caso debe ser molestada. Ella está profundamente consternada y afectada. Vamos a dejar la ciudad por un tiempo, a refugiarnos en Comillas. Los últimos meses han sido excesivos para ella, tanta violencia en las calles la abrumba, tanto desorden... Y ahora la muerte del pobre padre Gabriel. —Se quedó en silencio unos segundos y luego prosiguió—. Sé que usted tiene afición a esos métodos de investigación modernos, en los que habla y habla con la gente para desmadejar los motivos.

—Pero si es eso justamente lo que usted no me deja hacer.

—Mire, mi mujer no se encuentra bien. El escándalo que todo esto va a suponer es demasiado para ella, y que conste que no te-

nemos nada que ocultar. Usted sabe mucho más de los secretos de mi familia que cualquier otra persona. Sé que ha guardado silencio ante aquel lamentable asunto que usted y yo conocemos, y que informó de lo estrictamente necesario, por eso se lo agradezco y por eso confío en usted y he dado órdenes de que se le ofrezcan todas las facilidades. Puede entrar y salir del palacio Moja cuando quiera, abrir sus armarios y cajones si así lo desea, pero de ninguna manera debe molestar a mi mujer.

—¿Notó alguna cosa extraña en el padre Gabriel? ¿Tenía algún enemigo?

El marqués se volvió de pronto para mirar a Requesens y pareció ligeramente desconcertado, como si hubiera sido alcanzado por una evocación. Entonces dijo:

—Extraño... Es difícil definir la extrañeza cuando se está dotado de la Gracia de Dios. A veces el padre Gabriel tenía visiones, pero no eran estrictamente religiosas, sino de un gran futuro para la humanidad, una armonía en los hombres independientemente de su condición social, cierta exaltación. Y sus enemigos..., ¿qué podría decirle? Todos los enemigos de Cristo, anarquistas, socialistas, lerrouxistas, todos quienes odian este país. Esos eran sus enemigos, ahí tiene que empezar a buscar.

Requesens enarcó una ceja ante las indicaciones de Claudio López, que le molestaron por lo que tenían de intromisión en su trabajo y voluntad de influir en una investigación. Nada nuevo. El visitante se puso uno de sus guantes y añadió:

—Le facilitaremos todo lo que necesite para la investigación, pero no ha de molestar a mi mujer, necesita tranquilidad y reposo. Y ahora, si me disculpan, tengo que marcharme. No hace falta que me acompañen a la puerta.

—Si no le importa, me gustaría hacerle una última pregunta... ¿Por qué ha decidido acudir a mí?

Claudio López se quedó en silencio unos instantes antes de contestar.

—Mi mujer y yo necesitamos saber la verdad... Y usted, a mi pesar, es el mejor policía de Barcelona —dijo con un tono de

voz más bajo, que sorprendió a Requesens por su completa sinceridad.

Les dio la mano, se la estrecharon con fuerza y se puso el sombrero.

Al cerrarse la puerta, Carbonell suspiró y Requesens casi no pudo evitar hacer lo mismo. Se quedaron mirando el uno al otro y el inspector preguntó de una manera retórica:

—¿Desde cuándo los prohombres de esta ciudad pueden ordenar a los policías qué deben y qué no investigar?

Carbonell le miró extrañado y, sin atisbo de ironía, dijo:

—De toda la vida.

Como si le hubiera preguntado que por qué el sol salía cada mañana.

—Ese hombre mandó quitarme de en medio durante la investigación de las muertes del Laberinto de Horta. Y se lo encargó a Bravo Portillo. Me secuestraron, me tuvieron horas atado a una silla. Y ahora quiere que le ayude, mejor dicho, me lo ordena. Él, que es uno de los culpables de la guerra de Marruecos, y de que miles de soldados hayan muerto por defender sus intereses.

—Baje la voz, Requesens —dijo Carbonell levantando la suya y dirigiendo una mirada a la puerta como si temiera que alguien estuviese con el oído puesto en ella, idea no del todo descabellada—. Llamaré a Jefatura y pediré que le dejen un despacho y los policías que considere usted necesario.

—No. La investigación se queda aquí. Y solo contaré con la ayuda de Cristóbal.

—Como usted prefiera, pero si el marqués ha hablado con el gobernador, este habrá dado órdenes a Millán Astray... Aunque el nuevo gobernador apenas se entera de la misa la mitad. Sin embargo, Millán Astray es zorro viejo y seguramente querrá que las cosas se hagan como López Bru quiera para no hacerle el feo.

El gobernador de Barcelona, Félix Suárez, había sido nombrado después de la dimisión de Ossorio. Requesens había sido un hombre de Ossorio, el anterior gobernador, que había dimitido tras los sucesos de la Semana Trágica para intentar evitar con ello

un baño de sangre en las calles. El nuevo gobernador y Requesens no habían congeniado bien, esa era la realidad.

—¿En qué punto se encuentra la investigación ahora?

—En ningún punto. El cadáver está en el Clínico. Y debería hablar con Molins.